

DOS NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CARTAS DE FAMOSOS (1)

Tendrá que llegar un día en que un poeta de los que usan de la rima o de aquellos otros que la dejan de lado, en que un prosista dado a los elogios sentimentales, lleve a una o a otra el canto al copiadador, mismamente al escribiente-secretario. Al copiadador de las misivas o al escribiente de los famosos que se carteaban con gran frecuencia entre sí.

Y lo que sí vale la pena señalar, antes de pasar más adelante, es que este término de famoso, o al menos de hombres con cosas que decir se otorgaba en el tiempo pasado a que me refiero con una mayor tacañería que hoy en día se hace, llegando al otorgarlo a una generosidad que bien pudiéramos decir que no tiene límites.

El tiempo, en aquel tiempo me refiero de un modo particular al hermoso y liberal siglo XIX y a los años que marcan la infancia y la juventud primera de este siglo nuestro, se daba a los hombres, tuvieran o no fama, con una mayor amplitud, acaso debemos decir con una generosidad hoy insospechada.

El escritor, y en particular el periodista, tenían ante sí muchas horas vacías para ese don maravilloso que es la conversación entre amigos, simplemente entre hombres que remaban en una misma galera, que se sentaban en una banca, en donde no siendo siempre la que ondeaba la misma bandera se podía conversar como entre caballeros. Hombres que si en un punto o en varios diferían sus pensamientos, en tantas otras cosas mantenían un idéntico acorde, pero que en todo caso con diferencias o sin ellas podían hablar con sentido de la cortesía y de la libertad.

Había tiempo para conversar y tiempo también, para cuando las largas distancias impedían el diálogo, coger la pluma y hacerlo por escrito, si largo y tendido el diálogo, o al menos ese monólogo de la pluma, cuando uno de los interlocutores pertenecía al género de los refractarios o los perezosos para la tarea epistolar.

Los tiempos decimonónicos y esos otros que les siguen del nacer y creer de nuestro siglo son tiempos con largas horas. Las horas para hacer una obra y la de muchos de aquellos lo asevera, y también para esa tarea que no podemos reputar de menor, de escribirse cartas entre sí.

(1) «Cartas del Archivo de Galdós», Sebastián de la Nuez y José Schraibman. Ediciones Taurus. Colección Persiles. Madrid, 1967.

Cartas para enviarse sus libros—pidiendo a veces un artículo sobre ellos, solicitando una crítica como fue, es y será siempre natural—, unas butacas para un teatro, un voto para un sillón de la academia, o bien para hablar, en juicio lleno de serenidad, de una obra, para disertar de un momento político, de esto o de aquello, con claridad, con belleza y con sencillez.

Son todas esas cartas que entre nosotros los españoles salen muy de tarde en tarde de los archivos donde demasiado celosas familias los conservan, donde en armarios con demasiadas llaves impiden llegar el ojo, no del malévolo curioso que puede buscar en ellas piedra de escándalo, sino del erudito que quiere verter sobre aquellos documentos la luz. Demasiado celo, cual si se tratara de desvelar secretos que van a afectar nada menos que a la seguridad de la nación.

Entre los archivos más celosamente conservados pero a la vez más liberales a su acceso se encuentran en estos tiempos que corren dos que ahora quiero señalar. El de Maragall, el altísimo poeta, que los hijos veneran como veneraron al gran patriarca de las letras catalanas, su padre, y el de Galdós en su casa-museo de las Palmas, puesto bajo el patrocinio de amor y entusiasmo a una obra del Cabildo Insular y del Museo Canario.

Hace unos meses, Soledad Ortega de Varela—belleza e inteligencia—daba a la estampa un paquete—gran paquete como se dice en cuanto a las acciones bancarias—de cartas del maestro Galdós. Ahora, en un tomo de limpia y cuidada, más aún, primorosa presentación tipográfica, otro paquete de cartas a Galdós nos sale al encuentro trayéndonos en ellas todo un panorama cuidado y minucioso de ese tiempo pasado al que hemos aludido.

Porque esto son y no otra cosa estas cartas—galdosianas—que Sebastián de la Nuez y José Schraibman han recogido y anotado extrayéndolas de aquel archivo de la casa-museo de Galdós en las Palmas y que son documentos humanos de hombres que son hoy a la altura de nuestro siglo los grandes—a aquí empleamos el término muy de verdad—de las letras bien que suponemos que alguien entrará en una discusión en torno a algunos de los nombres, pero aún así y todo y con un cierto criterio rigorista, importancia suma guardan los nombres de todos ellos para el panorama literario de este tiempo.

Ellos, algunos, a gran distancia ideológica de Galdós; otros, con la que impone el respeto entre un hombre en la cumbre y unos jóvenes en el comienzo de una cuesta; otros, en una misma planicie,

le escriben al maestro. Misivas de su puño y letra las más de ellas, mala letra a veces, otras por la pluma de un secretario desastrado en el atuendo y hasta en alguna ocasión en una máquina que si hoy existiera por un doble motivo, el de su poseedor y el de su tipo, tendría que convertirse en objeto museable.

Veinte hombres que dicen mucho al mundo intelectual de estos días y dos mujeres—una de ellas también de rango intelectual—son los que escriben cartas a don Benito, esas cartas que hoy llegan a nosotros y que son la primera alegría que a este respecto nos dan los antólogos de las mismas, que ya nos prometen otros tomos en este sentido extraídos del archivo más importante hoy existente sobre el más grande de los novelistas españoles contemporáneos: Galdós.

Aquí está la lista de los que escriben a don Benito Pérez Galdós sin ditirambos en torno a sus nombres, ya que ellos no los precisan, sin explicaciones acerca de sus personas o de sus obras, que sería simplemente por nuestra parte ganas de gastar más papel y de ofender sin necesidad a la cultura de los lectores de esta sencilla nota. Aquí están, pues, las cartas que a Galdós escriben Azorín y Baroja, don Ramón del Valle-Inclán y don Ramiro de Maeztu, de su hermana María, de Unamuno y Pérez de Ayala, don Armando Palacio Valdés y don Vicente Blasco Ibáñez, Ricardo León y Jacinto Octavio Picón, Ortega Munilla y Martínez Sierra, los Quintero y Amado Nervo, Gómez de Baquero y Gómez Carrillo, don Francisco de Grandmontagne y don Joaquín Costa, del doctor Tolosa Latour y de Salvador Rueda.

Aquí están estas cartas, verdaderos documentos históricos, con gran detalle de fechas y de notas aclaratorias sobre personas y sucesos en ellas citadas y que han anotado con extremo rigor los señores de la Nuez y Schraibman. Parece, pues, merced a aquellas cartas, que éstos ilustran de un modo tan perfecto, parece en razón de la reproducción de los papeles de las mismas que nos hablan de diarios y revistas del tiempo, el tiempo en que se escriben que estamos viviendo aquél al leerlas.

Sería demasiado largo el glosar aquí esa gran cantidad de cartas que los antólogos recogen en este tomo, que tales son los sucesos, las noticias, los perfiles de gentes que en ellas se nos brindan. Por eso no traemos aquí una glosa, ni de unas ni de otras, y sí tan sólo la noticia de que en ellas se encuentra todo lo pequeño y lo grande también de un hermoso tiempo pasado del que fueron protagonistas importantes figuras de nuestra vida literaria.—J. S.

Fue en las páginas del diario *Madrid* donde se conjugaban en feliz confección la literatura y el mejor y más vivo periodismo, donde nos encontramos hace ya muchos años por vez primera, a Corpus Barga, que ahora profesa la dirección de una escuela periodística en el lejano y querido Perú.

Corpus, hombre que estuvo siempre en una primera línea de lo literario y lo periodístico, que fue viajero de Europa, madrileño del mundo, creo que se puede asegurar tuvo un vivir inquieto que le llevó a ser observador, cuando no testigo, de los hechos grandes o los pequeños sucesos de su tiempo. Su tiempo, que lo podemos situar del mejor modo en los años muy finales del XIX y estos del siglo que andamos caminando y del cual repito ha sido Barga, caminante muy vivo para no perderse en las vueltas del camino.

Fiel andador este Corpus Barga, y dejamos aquí su seudónimo como presencia de su entera personalidad, ya que con él estuvo, está y estará—cuanto más tarde, más daremos gracias a Dios—el autor de unas *Memorias* que en la edición que a nosotros llega va por el tomo III. Unos tomos en donde a lo grato de la presencia se une un estilo apretado de párrafos que se ensanchan y ensanchan sin llegar al punto final.

Pero no queremos, que ello sería tarea demasiado ambiciosa, y por otra parte aquí extemporánea, decir nada en torno al estilo literario de Corpus Barga y sí acoger con alegría sus libros.

La alegría de los que creemos que revivir el pasado es algo más que una blanda nostalgia. Estos libros en los que Corpus Barga hace vivir a los de su tiempo, ese tiempo que va desde los finales del siglo pasado hasta los del comienzo del siglo en lo que respecta a los tomos aparecidos y que se nos anuncia irán acercándose más y más a nosotros.

Aquí están las estampas y las noticias de cómo eran los hogares españoles del morir del siglo XIX, de cómo eran sus hombres y sus mujeres, cómo pensaban sus jóvenes, como transcurrían sus días, sus noches también, cómo eran las redacciones de los diarios y hasta los lugares del amor vulgar. Como eran tantas cosas que hoy harán reír a los hombres grandes o chicos y que entonces estremecían por igual a los senadores de barba blanca y a los estudiantes de medicina.

Es todo un mundo lejano el que Corpus Barga en el quehacer de desandar su camino nos ofrece ahora en estos tomos del cual el úl-

(2) «Las delicias. Crónica madrileña de hacia 1906», Corpus Barga. EDHASA. Barcelona-Buenos Aires, 1968.

timo que constituye «Novedad» en las librerías españolas se llama *Las delicias*.

Ese mundo mínimo de cosas, un mundo grande también donde aparece ya el clima social con las reivindicaciones obreras, pero también con las chocolaterías populares para los bohemios madrileños.

Corpus no ha despegado aún del suelo matritense con las tertulias de los Baroja en que el padre, don Serafín, toca el violonchelo, el suelo madrileño con sus calles donde transita algún que otro simón, o alguna que otra berlina de los pocos ricos que había en la corte.

El Madrid lejano en la interpretación de un testigo de vista, testigo de buen ojo y buena pluma nos va saliendo al encuentro poco a poco—demasiado lentamente para los que gustamos de este género—cada diez o doce meses en los tomos que bajo el lema general «Una vida española a caballo en dos siglos. 1887-1957» nos va entregando Corpus.

Es toda una concepción de la vida la que Corpus Barga nos pone al descubierto en sus libros que tal por el camino que van en cuanto a la descripción ya de hechos, sucesos y gentes, constituirán el día que ponga fin a estas *Memorias* una historia de primera clase del tiempo presente.

Una historia o crónica, acaso será mejor decir, de unos días que es puro recreo, tal la delectación que produce su relato, el conocer, tanto por el gran cúmulo de cosas que se cuentan como por el arte periodístico con que Corpus Barga, digamos ahora su nombre entero: don Andrés García de la Barga lo relata. Un nombre entero y un verdadero maestro en la literatura y el periodismo de este siglo que estamos viviendo, de este siglo que él nos va contando como excepcional testigo, su vida.—JUAN SAMPELAYO.